

A young man is seen from behind, standing in a shallow river. He is carrying a long spear horizontally across his right shoulder. He is wearing light-colored shorts. The background is a dense forest with sunlight filtering through the trees, creating a warm, golden glow. The water is rippling around his legs.

Baruc  
en el río Rubén  
Abella

La vida de una familia humilde cambia por completo la tarde de verano en la que Baruc, el hijo mayor del matrimonio, se escapa de casa tras una regañina de su madre. Esta, cautivada por un novedoso hombre pasajero, está a punto de hacer naufragar su matrimonio, a lo que su marido, en medio del desconcierto por la desaparición de Baruc, responde de forma inesperada. Entre tanto, Hugo, el pequeño de la familia, se queda en casa esperando a que regrese su hermano, a cuya sombra ha vivido siempre, mientras trata de aceptar lo ocurrido. Presos de la inocencia del narrador y cómplices de la historia, Baruc en el río nos hace buscar casi inconscientemente en nuestro interior y en aquello que hemos vivido. Con un exquisito léxico, Abella nos sorprende con las diferentes verdades de una sola historia con denominadores comunes: el amor y la culpa.

Ángel del cieno corta tus alas.  
Álvaro Mutis

## 1

Todo empezó con el perro, ese mil leches de ojos turbios y piel atigrada que mi hermano Baruc se encontró cuando iba al río a pescar barbos. Se quedaron los dos mirándose, como si se conocieran de algo y no recordaran de qué. Baruc frunció los ojos. Ladeó la cara. Entonces esbozó esa sonrisa tan suya, una leve inclinación de la boca, apenas un trazo, que le dejaba el gesto suspendido entre el descaro y la tristeza. Reanudó su camino sin prisa, con la caña desmontada en una mano y el macuto colgado del hombro. Y el perro lo siguió.

Hoy, después de tantos años, desde la perspectiva clara e inútil de lo ya sucedido, resulta fácil leer los signos que aquella mañana de agosto presagiaban el desastre. Había amanecido con furia. Aún no eran las ocho, pero el sol —un puro fulgor blanco— calentaba ya como si fuera mediodía. Baruc avanzó por la sombra de los edificios, volviéndose cada poco para ver si el perro iba tras él. Llevaba la ropa de siempre, la ropa del río, como él la llamaba: los vaqueros desgastados, el niqui verde seco y las viejas playeras azules con bandas naranjas que Madre ya no le dejaba ponerse con la ropa de calle. En el quiosco de Leo se detuvo y pidió un chicle de clorofila y un Bisonte sin filtro. Leo estaba fuera, colocando los fardos de periódicos sobre la balda.

—No debería venderte tabaco, ¿sabes? —dijo, como todos los días.

Como todos los días, Baruc se encogió de hombros. Leo rodeó el quiosco y entró en él por la puerta trasera. No

era viejo, pero lo parecía. Caminaba doblado por la cadera y resollaba con cada mínimo esfuerzo. Era calvo. Ojeroso. Y aunque apenas pasaba del metro sesenta, tenía las manos tan grandes que no le cabían en los frascos de las golosinas y debía volcarlos cada vez que quería sacar algo de ellos. Los cigarrillos sueltos los guardaba, junto con los mecheros, en una caja de hojalata decorada con una litografía del Niño Jesús.

—Tres pesetas —dijo.

Baruc apoyó la caña en la balda, sacó un duro del bolsillo y lo puso en el mostrador. El cigarrillo y el chicle los guardó en un compartimento del macuto.

—¿Y tu hermano? —dijo Leo, entregándole la vuelta.

—En casa.

—No me extraña. Con este calor, hoy no salen ni las chicharras.

Baruc cogió la caña y echó a andar de nuevo.

—¿Y ese chucho? —oyó preguntar a Leo mientras se alejaba, pero no le contestó.

Dejó atrás las casas de ladrillo marrón y postigos blancos de la calle Lepanto, cruzó la pradera del Cid, a esas horas desierta, y tomó la sirga que conducía a la Isla. Nada más pisar la ribera notó que el río estaba distinto. Abrazado por las orillas vibrantes, bajaba tan lento que había que mirar con fuerza para ver que se movía. De su superficie recalentada manaba un inusual aroma de lodo y azúcar, interrumpido a ráfagas por el hedor de los desagües. No se oían los sonidos de siempre. Ni el aleteo de las palomas, ni el zumbido de las moscas, ni el chapoteo de las carpas buscando alimento en los tramos estancados. Solo, más allá del verdor y de los espejos del agua, el leve murmullo de la ciudad desperezándose. Baruc percibió los cambios, pero no supo qué significaban. No se dio cuenta de que aquella mañana de agosto se había apoderado del aire la calma tensa que precede a los naufragios.

De la higuera que había atravesada en el sendero arrancó dos higos. Uno lo comió él. El otro se lo dio al perro.

—A partir de ahora, te llamas Tigre —dijo.

Caminaron río abajo envueltos en el temblor del bochorno. Acabaron de salvar la pendiente. Sortearon los herrumbrosos trampones del molino de la fábrica de harinas abandonada. Luego Baruc se quitó las playeras, se remangó los vaqueros y, con mucho cuidado, guio a Tigre a lo largo de los veinte metros de hormigón que unían la ribera y la Isla. Era un pasillo estrecho y resbaladizo, a ras de río, cubierto por una cinta de agua que tiraba de los pies como una resaca marina. Cada vez que lo cruzaba, Baruc pensaba en la muerte. Su propia muerte. Imaginaba que daba un mal paso. Que perdía el equilibrio. Que se golpeaba la nuca contra el hormigón y la corriente lo arrastraba hacia el silencio. Entonces, convertido en espíritu, en puro aliento, era testigo de sus exequias. Se veía a sí mismo tendido en el ataúd, vestido con la chaqueta azul de botones dorados, los pantalones grises y los castellanos con borlas de los domingos. En el primer banco de la iglesia estábamos nosotros. Padre estragado, mirando el ataúd con ojos de niño enfermo. Madre y yo llorando. El tío Sócrates rígido e inexpresivo como un tótem. Y los abuelos desconsolados, gimiendo «Dios mío, Dios mío». En este punto de la ensoñación, a Baruc lo asaltaba la culpa. Se sentía mal por hacernos sufrir, aunque el sufrimiento fuera inventado. Antes de volver a su cuerpo ya las aguas tirantes del río, se daba el gusto de contemplar, diseminados entre la concurrencia, los rostros arrepentidos del padre Damián, del doctor Castillo, de Margarita. De aquellos que, de un modo u otro, lo habían castigado sin causa. Era su forma de saldar cuentas. De poner las cosas en su sitio.

En la Isla la calma era honda. Baruc atravesó el macizo de álamos, castaños y chopos y se detuvo frente a la pesquera, el único lugar aquella mañana inmóvil donde el río

parecía seguir respirando. Dejó en el suelo las playeras, la caña y el macuto.

—Cuidame esto, ¿vale? —le dijo a Tigre y, remangándose un poco más los pantalones, se metió en el río.

Pasó un rato cogiendo mechones de ovas, unas algas verdes que crecían en las caídas de agua. Cuando tuvo suficientes, volvió a la orilla y los escurrió. Luego montó la caña, ató un mechón al anzuelo y, entrando de nuevo en el río, dejó que el cebo se deslizara por los espumaderos.

Allí Baruc se sentía a gusto. Erguido en medio de la corriente, con los pies descalzos agarrados al limo y el dedo índice trabado en el tambor del carrete, para percibir al instante la picada de los barbos, disfrutaba de una paz que rara vez lo visitaba en otros sitios. Allí las reglas eran sencillas. No busques barbos en las aguas mansas, sino en las batidas. Las carpas, en cambio, viven en los tramos sucios y estancados, donde apenas hay oxígeno. En verano al río le gusta madrugar; abre los ojos antes de las primeras luces y se mantiene activo hasta que el calor lo aletarga. El freno del carrete hay que dejarlo flojo, para evitar que los peces se lleven el aparejo. Si el agua baja turbia, achocolatada, significa que ha llovido. Las ortigas pican, pero conservan muy bien el pescado. En septiembre se aparean las hormigas de ala. Revolotean sobre el río, se desploman aturdidas y hacen que los peces suban ávidos a la superficie. El gusano y la patata cocida son buenos cebos para las carpas. Los barbos prefieren la sanguijuela y la ova. Cuidado con las subidas del río: si el nivel rebasa la pesquera ya no se puede volver a la orilla. Allí, en la Isla, todo estaba claro. Absorto en el ir y venir del anzuelo sobre los saltos de espuma, Baruc se olvidaba de que, fuera de ella, no entendía casi nada. No entendía que, siendo todavía joven, Leo pareciera viejo, ni que protestase cuando en realidad no le importaba vender cigarrillos a un chico de quino: años. No entendía por qué cada domingo tente que ir a misa y soportar las soporíferas homilías del padre Ateneo. No enten-

día la sonrisa de las chicas. No se entendía a sí mismo. Y no entendía por qué últimamente Madre se comportaba de una forma tan extraña. Estaba nerviosa y ausente. Distinta. Como en el río, Baruc percibía los cambios, pero no alcanzaba a intuir qué decían.

Aquella mañana la pesca fue floja. Solo picaron tres barbos raquíuticos —que Baruc desanzueló y devolvió al río— y un neumático que a punto estuvo de romperle el puntal. Salió del agua agotado por los empujones de la corriente. Desmontó la caña sin quitar el aparejo y, para evitar accidentes, clavó el anzuelo en la empuñadura de corcho. Luego sacó el Bisonte del macuto, lo encendió con un meche-ro y se sentó a fumarlo a la sombra de un chopo.

—Vaya día —le dijo a Tigre, exhalando una bocanada de humo.

Tigre había pasado la mañana persiguiendo ratas entre los matojos, sin alejarse demasiado de la pesquera, como si temiese perder de vista a su nuevo amo. Baruc le acarició el lomo y contempló hipnotizado la incesante caída del agua. En el cielo sin manchas se dibujó la estela muda de un reactor. Desde la ribera llegaban los gritos gozosos de los bañistas de la piscina del Club Hípico. En algún lugar sonó una bocina. Una bandada de gorriones abandonó las ramas de un álamo. Y por encima de todo, el sol. Grande. Hosco. Entronizado en su cenit como un dios iracundo. Cuando acabó de fumar el Bisonte, Baruc tiró la colilla al río y miró la hora en el reloj digital de plástico negro que Padre le había regalado en su penúltimo cumpleaños. Apenas legibles bajo los rayones de la pantalla, los números marcaban las dos y diez.

—Llego tarde —dijo, y se levantó precipitadamente.

En casa se comía a las dos y cuarto, para que Padre pudiera echar una cabezada antes de bajar a la tienda. Era una pauta inamovible, uno de los ritos sagrados que jalaban y daban forma a nuestra vida familiar. Baruc se colgó el macuto en el hombro, con la correa atravesada sobre el pe-

cho. Sacó el chicle de clorofila, lo desenvolvió y se lo metió en la boca. Siempre que fumaba, mascaba chicle para que Madre no pudiera detectarle el tabaco en el aliento. Iba a tirar el envoltorio al agua, pero a mitad de gesto cambió de opinión y se lo metió en el bolsillo. Luego cogió la caña y las playeras y, seguido de cerca por Tigre, emprendió el camino de regreso. Atravesó el macizo de árboles. Cruzó el pasillo de hormigón. Sorteó los trampones oxidados del molino de la fábrica de harinas. Una vez en la ribera, se calzó y se desenrolló los vaqueros. La tela empapada se le pegó a las pantorrillas como una segunda piel tibia y molesta. Recorrió un tramo de orilla. Remontó la sirga. Y, acosado por el ardor del mediodía, volvió al asfalto.

El timbre de la puerta sonó a las dos y media. Recuerdo la hora exacta porque, después de una espera inútil, nos acabábamos de sentar a la mesa. Padre estaba enfadado.

—Y encima viene sin llaves —dijo, negando varias veces con la cabeza.

Salió a abrir Madre. Los demás nos quedamos esperando, con la mirada fija en los platos de judías verdes y el oído atento a lo que ocurría en el *hall*. Al no oír nada, nos extrañamos un poco. Padre dejó la servilleta sobre el mantel y, con más inquietud que enojo, fue a ver qué pasaba. Tras él fuimos el tío Sócrates y yo. Encontramos a Baruc en el centro del rellano, prudentemente alejado de la puerta. Tenía el rostro acalorado y el pelo adherido a la frente. A su lado jadeaba el mil leches, mirándonos y moviendo la cola.

—... Se me olvidaron —le oímos decir, casi en un susurro.

—Has fumado. Lo huelo desde aquí —dijo Madre, y en su voz había un residuo de ira que ninguno de nosotros había escuchado antes.

Baruc, sorprendido, agachó la cabeza.

—Mírame. Has fumado, ¿verdad?

—Isabel... —empezó a decir Padre, en tono conciliador.

—Déjame —dijo Madre—. ¿Y ese perro?

—Se llama Tigre.

El tío Sócrates puso una mano apaciguadora en el hombro de Madre, pero ella la apartó con un gesto irritado.

—Ese perro no entra en casa —dijo.

Se produjo un silencio tenso, salpicado por los jadeos de Tigre.

—¿Me has oído? He dicho que ese perro no entra en casa.

—Porque tú lo digas —dijo Baruc entre dientes.

Lo dijo sin convicción, como un niño que acepta un castigo pero se niega a no plantar un mínimo de resistencia. De pronto Madre se acercó a él y le dio una bofetada que resonó como un latigazo en las escaleras del edificio. Nos quedamos todos atónitos, incluida Madre, que no había pegado a nadie en su vida. Baruc nos miró de uno en uno con los ojos brillantes. A mí me miró el último, fijamente, como queriendo decirme algo que yo no comprendí. Luego bajó un tramo de escaleras, dobló la esquina del descansillo y desapareció. Tigre lanzó un ladrido y salió tras sus pasos.

Como digo, todo empezó con el perro.

## 2

Siempre he querido a mis padres, aunque debo admitir que no empecé a conocerlos bien hasta que, ya de adulto, me puse a indagar para escribir esta crónica. De su relación, al menos de sus inicios, puede decirse lo mismo que de tantas otras: es una cuestión de versiones. Según la de Madre, ella y Padre se vieron por primera vez la mañana del domingo siete de octubre de mil novecientos sesenta y dos. Ella estaba con la abuela Palmira en la estación de trenes, esperando al abuelo Tomás y al tío Sócrates, que volvía victorioso de un torneo de ajedrez. Él llegaba de algún sitio —Madre nunca ha sabido precisar de dónde—, y se cruzó con ellas en el andén. Iba de uniforme, el del ejército de tierra, y ella pensó que nunca había visto a un hombre tan guapo. «Ya sabes cómo le sientan a tu padre los uniformes —dice cada vez que rememora la escena—. Si hasta la bata de la tienda le queda como un guante». Y tiene razón. Padre era, y sigue siendo, un hombre bien parecido, delgado, recto, como hecho a propósito para llevar traje o atuendos reglamentarios. Además desde muy joven tuvo canas, lo que, unido a su buen porte, le daba un aire pudiente, aristocrático, que no se correspondía con su verdadero estatus. El caso es que aquel día en la estación de trenes Madre lo miró embobada y, según ella, él le devolvió la mirada.

La versión de Padre es diferente. Él asegura que no estuvo en la estación el día siete, sino el ocho lunes, para coger el regional de las cinco de la mañana a León, donde aún le quedaban por cumplir dos meses de instrucción en

el campamento militar del Ferral. La mañana del domingo la había pasado en casa preparando el petate. Por la tarde fue a la sesión vermut del cine Delicias. Ponían *La chica con la maleta*, con Claudia Cardinale y Jacques Perrin. No estaba obligado a llevar el uniforme, pero se lo puso de todas formas para presumir ante los amigos y llamar la atención de las muchachas. A la salida se topó con Madre. O, mejor dicho, Madre se topó con él. Había ido al cine con dos amigas, atraída por el melodramático aspecto de la cartelera y de las fotos en blanco y negro expuestas en la vitrina. Al bajar las escaleras de la calle pisó mal y habría rodado hasta la acera si la espalda de Padre no la hubiera detenido. Él se dio la vuelta, la sujetó por los hombros y le preguntó si se había hecho daño. Azorada por el tropiezo, ella trató de sonreír y respondió que no. De modo que no le falta razón a Padre cuando dice que su primer encuentro fue más bien un accidente. Aquí las dos versiones confluyen. Al comprobar que eran tres para tres, Padre se apresuró a hacer las presentaciones y propuso ir a tomar algo al café Bonnard. Madre no podía creer su buena suerte, en especial cuando, una vez acomodados en la única mesa que quedaba libre, Padre se abrió paso entre el barullo de conversaciones cruzadas para decirle que era igual que la Cardinale. Era una exageración evidente. Madre compartía con la actriz algunos rasgos generales —el cabello castaño, la sonrisa franca, los ojos que todo lo dicen—, pero carecía de su piel cremosa, de sus formas rotundas, de su cándida voluptuosidad. Aun así el piropo surtió efecto. La envolvió en una nube de embeleso que tardó más de una hora en disiparse. Cuando quiso darse cuenta, ya se estaban yendo a casa. Se cambiaron las direcciones escritas en servilletas y se despidieron con dos besos en las mejillas, prometiendo mantener el contacto. En ningún momento mencionó Madre que había visto a Padre por la mañana. No quería mostrar sus cartas tan pronto, menos aún envanecerlo. Meses más tarde, cuando por fin se lo dijo, Padre se quedó pensando y, me-

dio en serio, medio en broma, comentó: «Qué fatalidad, cariño. Te fuiste con el soldado que no era».

Padre era un hombre sin dudas. Sin grandes dudas, quiero decir. Podía dudar sobre qué camisa ponerse, o sobre si cruzaba o no cuando parpadeaba el semáforo, o sobre si cogía el paraguas antes de salir a la calle. Pero no tenía dudas sobre sí mismo. No había fisuras entre quien era y quien quería ser. Desde siempre tuvo claro que él estaba en el mundo para ser padre y esposo. Un hombre de familia. Lo supo desde niño, cuando se asomaba a la ventana de su habitación e imaginaba a la futura madre de sus hijos en las niñas que tiraban tabas y jugaban a la goma en la acera. Durante el bachillerato adquirió cierta fama de seductor, gracias a la admiración que sus aires de galán de cine causaban entre las alumnas de los colegios femeninos cercanos. Una fama inmerecida, pues lo cierto es que antes de conocer a Madre, Padre solo tuvo tres novias. Tres fracasos, teniendo en cuenta sus aspiraciones. Con ninguna de ellas duró más de dos meses. Con ninguna sintió nada comparable a lo que sintió al ver a Madre en las escaleras del cine Delicias: un vuelco repentino del estómago, acompañado de la certeza, irracional y definitiva, de que estaba a punto de conocer a su esposa.

La despedida en el café Bonnard marcó para él el inicio de una larga lucha. No con Madre, que lo adoraba desde el primer minuto, sino con la vida, que parecía empeñada en ponerle dificultades. Lo que le quedaba de campamento fue un suplicio. A los absurdos desfiles por la nieve, los gritos de los mandos, las guardias eternas en garitas heladas, el rancho escaso y las esperpénticas clases teóricas —impartidas por un sargento que afirmaba que lo que hace que una bala de cañón describa una trayectoria curva y luego caiga no es la fuerza de la gravedad, sino el propio peso de la bala—, se sumaron varios arrestos cuartelarios por limpiar mal las letrinas y llegar tarde a formación. Así las cosas, en ocho semanas Madre y él se escribieron varias cartas,

pero solo pudieron verse dos veces. Un par de citas decorosas que no les sirvieron para intimar demasiado, pero sí para confirmar sus sensaciones. En la primera dieron un paseo por el parque de los Héroes, lejos del gentío escrutador de las calles del centro. En la segunda, a pesar del frío, fueron a tomar leche helada al Salón Ideal. En ambas volvieron a casa ilusionados, convencidos de que eran lo que buscaban.

A mediados de diciembre, después de la jura de bandera, enviaron a Padre a Huesca, a la brigada de zapadores de Canfranc. Un viaje de quinientos kilómetros, bastantes de ellos entre montes. Una lejanía casi insalvable en aquellos años de trenes lentos y carreteras precarias. Quitando el permiso largo de Semana Santa, durante el que pudieron verse con sosiego, sus escasos encuentros de esa época fueron breves y estuvieron marcados por el cansancio, las prisas y la ansiedad. Padre salía del cuartel el viernes por la tarde, y entre los trasbordos —algunos de varias horas—, los retrasos y los parones inexplicables, no llegaba a casa hasta la noche del sábado. Viajaba en tercera clase, para no tener que pedir a los abuelos más dinero del preciso, de modo que además de tarde llegaba entumecido por la incomodidad de los asientos de madera y los efectos de la noche en blanco. A Madre la veía un rato después de la cena, lo justo para ponerse al día y decirse en persona lo mucho que se echaban de menos. El domingo por la mañana, todavía cansado, emprendía el viaje de vuelta, rezando para no llegar tarde a la diana del lunes.

Las citas a matabalho fueron las pasaderas iniciales de su relación, las piedras que Padre y Madre usaron para tratar de salvar la distancia. Pero el verdadero puente, el hilo que de verdad los mantuvo unidos durante aquel año y medio, fueron las cartas. Madre aún las conserva. Las tiene guardadas en una caja, en el atillo del ropero. Nunca me las ha dejado leer. «Son cosas nuestras», dice tajante, aunque con un rastro de timidez en la mirada. Lo que sí ha he-

cho es hablarme de ellas. Dice que al principio eran muy formales y aburridas, meros inventarios de sus actividades diarias y de los cambios del tiempo, pero que con el correr de los meses se fueron destilando hasta despojarse de lo superfluo. Lo que quedó fue la ilusión, la fe, las puras ganas de estar juntos. Yo creo que fue entonces, mientras se escribían, cuando se enamoraron de veras. La intimidad que generaron las cartas era tan efervescente, tan perfecta, que ambos llegaron a temer que, después de aquello, la vida real no estuviera a la altura. Pero era un temor infundado. El servicio militar terminó. Padre regresó a casa y, tras una emotiva cita con Madre en el café Bonnard, en la que quedó claro que nada había cambiado, se dispuso a cumplir con su destino. Entonces la relación tropezó con un escollo inesperado.

Tanto la familia de Padre como la de Madre llevaban vidas modestas. El sueldo del abuelo Rafael, que era cartero, apenas alcanzaba para cubrir gastos. El abuelo Tomás trabajaba en la cadena de montaje de la Renault, donde ganaba lo justo para mantener a los suyos. De modo que si la abuela Palmira se opuso al noviazgo, no fue porque se sintiera superior a nadie, sino porque sabía bien lo que era vivir con poco y no quería que, una vez casada, su hija lo siguiera haciendo. En ese sentido, el plan que Padre había trazado no permitía concebir muchas esperanzas. Como no se le daban bien los estudios, había decidido que la mejor forma de salir adelante era sacando provecho a su habilidad más destacada: arreglar aparatos eléctricos. A los doce años, sin que nadie le dijera cómo, había reparado la radio Philips a válvulas en la que cada tarde la abuela Milagros escuchaba *Lo que nunca muere*, el serial de moda por aquel entonces. Más tarde reparó la nevera, el interruptor del cuarto de baño y la caja de fusibles del *hall*. A través de la abuela Milagros, que presumía de él en las tiendas, se corrió por el vecindario la voz de que el hijo del cartero lo arreglaba todo. Empezaron a traerle aparatos rotos a casa.